

encontró á las puertas de Tirlémont algunos batallones de voluntarios, sin artillería ni caballería, á los lados del camino real.

Estos fugitivos le anunciaron la pérdida de tres mil de sus compañeros que habian quedado en el campo de batalla. El general, admirado de la actitud inmóvil é indiferente de Miranda en Tirlémont, le hizo severas reconvenciones y pasó la noche dando órdenes de retirada al duque de Chartres y á Valence. Estos dos cuerpos tenian ya tres generales y dos mil hombres muertos, bastante artillería perdida y seis mil voluntarios desbandados huyendo hácia Louvain.

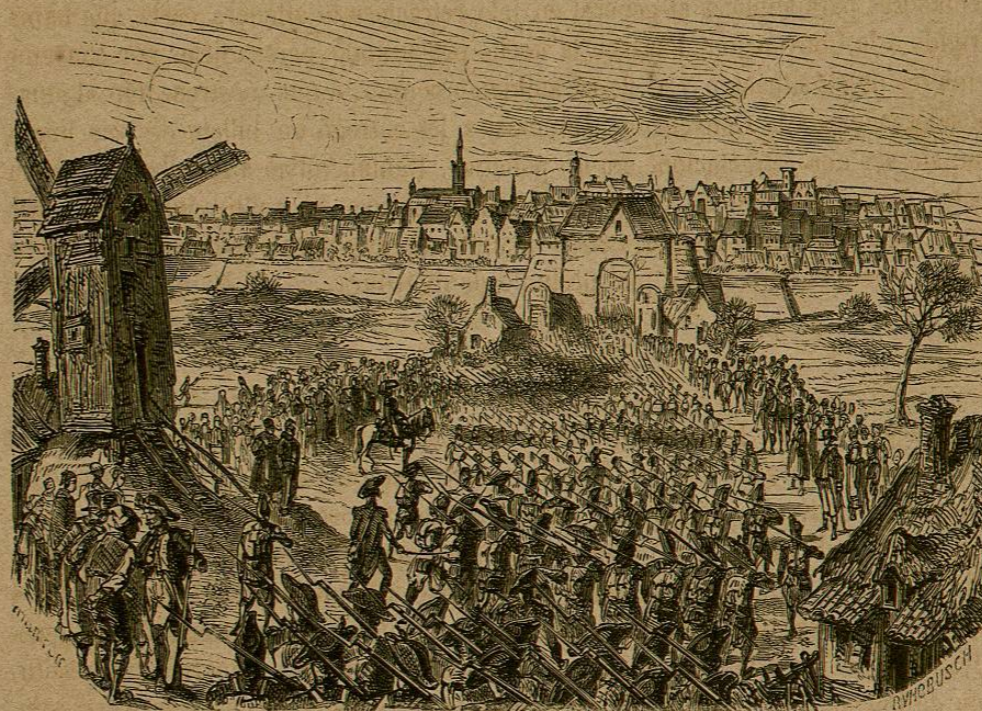
Danton y Lacroix, con la noticia de la derrota, llegaron á Louvain en el momento en que Dumouriez entraba vencido en esta ciudad. Iban desde Paris como mediadores para suplicar al general en jefe retractase la altanera carta que habia dirigido á la Convencion. Pasaron la noche procurando persuadirle, por convenir al interes de su situacion y al de su ambicion comun, á que mostrase aún algunas consideraciones á la Convencion. Dumouriez les entregó un billete de seis líneas que, sin ser una retractacion, era un paliativo. Danton volvió á marchar la misma noche, conociendo que se debilitaba el prestigio que su política adquiria sobre Dumouriez, y comprendiendo, con el instinto seguro pero rápido de que estaba dotado, que una derrota era mal preludio de dictadura.

## VII

Apénas regresó Danton, cuando el coronel Mack, jefe de estado mayor del príncipe de Coburgo, entró en Louvain como parlamentario, y arregló con Dumouriez un convenio secreto que marcaba paso á paso las marchas de los dos ejércitos hasta Bruselas. Los imperiales debian respetar la retirada de los franceses, y limitar sus hostilidades á aquellos encuentros insignificantes de vanguardias y retaguardias, necesarios sólo para ocultar á las tropas la connivencia de los generales. A pesar de estas precauciones, que aseguraban á los imperiales la restitucion de Bélgica y á Dumouriez la seguridad de su retirada, la de Louvain se cambió en derrota para los franceses. Con dificultad Dumouriez, que no se atrevió á resistir en Bruselas con un ejército desbandado, consiguió formar con la guarnicion de aquella capital y con sus mejores regimientos una retaguardia sólida de cerca de quince mil hombres, para cubrir la marcha de los restos de su ejército hácia Francia. Hizo arrestar al general Miranda y le envió á Paris, por órden de la Convencion, como víctima expiatoria de los desastres experimentados.

Aquel mismo día se celebró en Ath la última y fatal conferencia entre el coronel Mack y Dumouriez. El duque de Chartres, el coronel Montjoie y el general Valence concurren á ella. Estaba en el ejército el partido de Orleans entero, y asistia, representado por sus primeros hombres, al acto que debia derribar la república y colocar por mano del pueblo y de los soldados la corona constitucional sobre la frente de un príncipe de aquella casa. Dumouriez olvidaba que una corona levantada del suelo en la defeccion, en medio de una derrota, sostenida por los austriacos y por un general traidor á su patria, no podia de ningun modo conservarse en las sienas de un rey. Mientras Dumouriez marchase hácia Paris para derribar la Constitucion, los austriacos avanzarian como auxiliares en el territorio francés y se apoderarian de Condé como garantía.

En aquel convenio secreto, la demencia rivalizaba con la traicion. Dumouriez, que creia pasar el Rubicon y que tenia siempre á César delante de los ojos, se olvidaba de que César no habia conducido los galos á Roma. Hacer tomar partido á su ejército en uno de los bandos que dividian la república, despues de haber vencido al extranjero y asegurado las fronteras, marchar sobre Paris y apoderarse de la dictadura, era uno de esos atentados políticos que la libertad no perdona, pero que el buen éxito y la gloria excusan algunas veces en circunstancias muy críticas; mas entregar su ejército, abrir sus plazas fuertes al imperio, guiar él mismo contra su país las legiones enemigas que su patria le habia encargado combatir, é imponer con la ayuda del extranjero un gobierno á su país, era tras-



Entrada del ejército francés en Mons.—Pág. 373.

pasar mil veces los errores de los emigrados, porque éstos no eran más que tráfugas, y los confederados de Ath eran traidores.

En consecuencia de esta reunion nocturna, Dumouriez fué á Tournay con su estado mayor, reunió en torno suyo seis mil hombres de caballería, los más adictos á su persona, distribuyó en las plazas fuertes inmediatas á Lille, Valenciennes y Condé, como en los campamentos de Maulde y de Saint-Amand, los generales y las tropas á quienes más fácilmente creia seducir, y lo preparó todo para la gran perfidia con que queria admirar á Europa y anonadar la Convencion.

A pesar de todo, como tenia á la vez que ocultar su designio y revelarle á medias para preparar el ánimo de las tropas, el sordo murmullo de la traicion que meditaba se extendió alrededor de él, y se difundió hasta Paris el vago presentimiento de algun gran crimen. Danton y Lacroix se mantenian inmóviles y aparentaban desconfiar de un general á quien habian visto tan orgulloso é irritado. Los girondinos, enemigos del nombre de Orleans, denunciaban á la sospecha un general en cuyo estado mayor habia dos príncipes de aquella casa; hacian ademas observar

que madama de Sillery, amiga y confidente de Felipe Igualdad, y su hija la señorita de Orleans, jóven princesa de edad de diez y seis años, se hallaban en Tournay en el momento en que Dumouriez urdia allí sus tramas; de modo que el cuartel general del que mandaba en nombre de la república se parecía á la corte anticipada de una monarquía de Orleans. Los jacobinos enviaron tres emisarios, Proly, Dubuisson y Pereyra, para sondear al general y decidirle á sostener su partido contra la Gironda. «No creais—les dijo Dumouriez despues de haberles oido—que vuestra república pueda subsistir; vuestros errores y crímenes la han hecho tan imposible como odiosa.»

## VIII

Dumouriez, entre tanto, amenazando en vez de obrar, parecia víctima de aquel trastorno mental que se apodera del hombre cuando perpetra un crimen, é imprime en sus actos la incoherencia y la agitacion de sus pensamientos. Toda su audacia se desahogaba en palabras, dando á su ejército tiempo para reflexionar, y por consiguiente, para arrepentirse. Retirado en el pueblecillo de Saint-Amand con su estado mayor y sus regimientos más adictos, supo sucesivamente la capitulacion de la ciudadela de Amberes, devuelta á los austriacos por nuestras tropas; la derrota del campamento de Maulde, y la insurreccion patriótica de los ciudadanos de la guarnicion de Lille contra el general Miaczinsky, á quien habia encargado se apoderase de aquella ciudad.

En Saint-Amand, Dumouriez sólo tenia consigo al duque de Chartres, á su hermano el duque de Montpensier, al general Valence, al ayudante general Montjoie, Thouvenot, Nordmann, coronel del regimiento de Bercheny, y á los oficiales de su estado mayor. Habia encontrado en Tournay y llevado á Saint-Amand, para protegerla á la vez contra los austriacos y contra la Convencion, á la princesa Adelaida de Orleans, hermana del duque de Chartres. Esta jóven, dotada de una gracia noble, de un talento precoz y de un alma enérgica, se veia á la sazón errante en los confines de Francia y de Bélgica, rechazada de su patria por las leyes contra la emigracion, y del extranjero por el odio que el nombre de su padre inspiraba á los enemigos de la revolucion. Unida á sus hermanos por una amistad que la desgracia, el destierro y el trono debian alternativamente probar é ilustrar, buscaba en los campamentos la proteccion del ejército. Tenia por compañera otra jóven de su edad, Pamela Seymour, á quien la voz pública creia hija del duque de Orleans y de madama de Genlis. Esta jóven, de una extremada belleza, educada como una hermana de los príncipes y de la princesa de Orleans, acababa de casarse en Tournay con lord Eduardo Fitz-Gerald, primer par de Irlanda é hijo del duque de Leinster. Este jóven patriota irlandés se inflamaba en el campamento francés con la pasión de la libertad. Conspiró poco despues para sustraer á Irlanda al yugo de Inglaterra, y habiendo sido condenado á muerte como jefe de aquella conspiracion, evitó el suplicio suicidándose en un calabozo, y legó un nombre más á los patriotas de su país.

Madama de Sillery-Genlis, confidente del duque de Orleans, se hallaba tambien en el cuartel general. Mujer cuyo rostro era todavía seductor, noble por su talento y acostumbrada á la intriga, daba con su presencia á la conspiracion de

Dumouriez el colorido de la casa de Orleans. El general Valence era yerno de madama de Genlis; el duque de Chartres y el de Montpensier, sus discípulos; la princesa Adelaida, su pupila, y los jacobinos, sus perseguidores. En su casa se reunian todas las noches los principales jefes de los cuerpos que era necesario seducir y conmover en contra de la república. Dumouriez conocia que tenia allí toda una revolucion en rehenes. Si no enarbolaba abiertamente la dinastía de Orleans, todo lo que le rodeaba era una bandera que se complacia en desplegar para hacer presentir y adoptar por la opinion las esperanzas de una monarquía revolucionaria. Seducido por su papel de protector armado de una princesa jóven, bella y perseguida, mostraba hácia ella un culto que daba al ejército el ejemplo del respeto.

En medio de aquellas mujeres desterradas y de aquella sociedad sospechosa á la república, Dumouriez esperaba ocioso que su ejército le violentase y le hiciese marchar contra Paris. Algunos síntomas sordos le anunciaban, sin embargo, de todas partes la defeccion de sus generales, alarmados con la idea de marchar contra su patria. Del descontento de un ejército al acto de volver sus armas contra su propio país hay tanta distancia como de la murmuracion al crimen. Dumouriez habia tomado los rumores de los soldados por una opinion, y la insubordinacion por sublevacion. Ya se sabia en Saint-Amand que la Convencion deliberaria sobre el partido que debia tomar respecto del general rebelde, y que iba á llamarle á su barra para pedirle cuenta de su conducta. Danton, Robespierre y Marat, temiendo dislocar el ejército en presencia del enemigo victorioso, y negándose á dar asenso á la traicion, habian obtenido dificilmente que aquella medida se suspendiese por algunos dias. Entre tanto el campamento estaba lleno de espías de la Convencion, y los voluntarios, ménos soldados que ciudadanos, espíaban por sí mismos los pasos de su general.

Seis de aquellos voluntarios de un batallon de la Marne, irritados con las habilllas del ejército, se atrevieron á presentarse armados en la audiencia del general, llevando escrita con yeso en sus sombreros la palabra *república*. Intimaron á su jefe que obedeciese las órdenes que iba á recibir de la Convencion, y le declararon que, imitadores de Bruto, habian jurado darle de puñaladas si dudaba obedecer la voz de la patria. Habiéndoles respondido el general en términos que confirmaban sus sospechas, se adelantaron para rodearle; pero el fiel Bautista, que espíaba con la vista sus movimientos, se abalanza con el sable en la mano entre su amo y los soldados, llamando á la guardia. Los voluntarios, cogidos y desarmados, fueron puestos en prision. Dumouriez, exagerando á propósito el peligro que habia corrido, esparció la noticia de una tentativa de asesinato contra él, con objeto de atraerse el cariño por medio de la indignacion, y lo consiguió. Muchas felicitaciones firmadas por todos los cuerpos protestaron el horror con que miraban aquel atentado, y su confianza inalterable en su jefe.

## IX

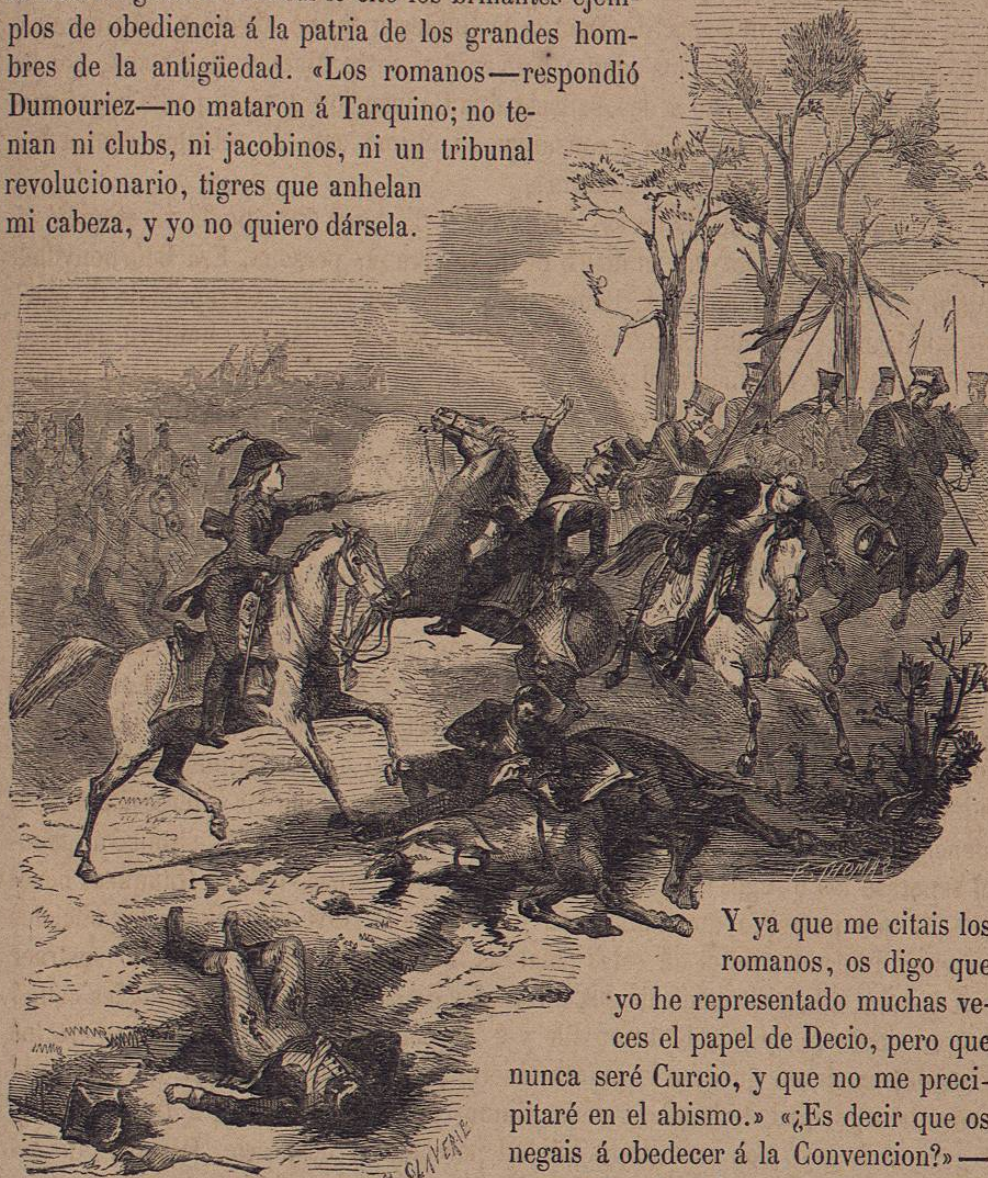
Durante este tiempo, la Convencion, despues de largas dudas, habia al fin expedido el decreto que separaba al general de su ejército, y le llamaba á Paris para que diese explicaciones sobre sus faltas y sus planes. Dumouriez no se hacía ilu-

siones sobre lo que significaba un decreto de esta naturaleza, y se creía demasiado culpable para arrostrar el exámen de su conducta. Conocía que, una vez separado de sus soldados, no se volvería á dar al ejército un general que habia hecho temblar á la república. Quería mejor sucumbir en una tentativa armada contra los opresores de su patria, que presentarse humildemente á ofrecer su cabeza sin defensa y sin venganza. Además, aunque la astucia de sus discursos, la audacia de su actitud y la influencia de Danton le hubiesen hecho absolver, su ausencia sólo desconcertaría todos los planes convenidos entre Mack y él. Estaba, por lo tanto, firmemente resuelto á desobedecer á la Convencion, y si no podía engañarla por más tiempo, se preparaba á consumir su último acto de rebelion contra los comisionados que se atreviese á enviarle.

Tal era el estado de las cosas, cuando el 2 de Abril á mediodía se anunció la llegada al campamento del ministro de la Guerra en persona. Era Beurnonville, amigo personal de Dumouriez. Beurnonville bajó del coche, acompañado de cuatro comisarios, Camus, Lamarque, Bancal y Quinette. Camus, hombre austero, que llevaba á la revolucion el rigor del jansenismo y los escrúpulos de la probidad; Lamarque, abogado locuaz y declamador, acostumbrado á vociferar el patriotismo en los ejércitos; Bancal, negociador prudente y templado, á propósito para intervenir con moderacion en las pasiones de los partidos; Quinette, en quien el instinto del orden igualaba á su pasion por la libertad, se esforzaba siempre en ajustar la teoría á los límites de lo verdadero, y el patriotismo á los de lo justo.

Al entrar Beurnonville, se precipitó en los brazos de Dumouriez, como para hacer ver á los espectadores con aquella accion que no queria encadenar al general á la patria sino apelando á sus sentimientos y á sus recuerdos. Le dijo que habia querido acompañar á los comisionados portadores del decreto de la Convencion para añadir el influjo de la amistad á la voz del deber. Camus, para evitar á Dumouriez el embarazo de explicarse en público, y para que las intercesiones confidenciales de los comisarios tuviesen más latitud y más intimidad, suplicó al general separase los testigos que incomodaban para que reinase toda la franqueza necesaria, ó que pasase á una habitacion más retirada. Los generales y los oficiales presentes murmuraron al oír estas palabras, como si se hubiese querido sustraer á su general á la proteccion de sus miradas y de sus sables. Dumouriez les calmó con un ademán, llevó á Beurnonville y á los comisarios á su gabinete; pero los generales exigieron quedase la puerta abierta para vigilar, si no las palabras, á lo ménos la seguridad de la conferencia. Camus presentó el decreto á Dumouriez, y el general le leyó con una impasibilidad parecida al desprecio. Después, devolviéndosele al comisario, respondió que la ejecucion de aquel decreto sería la disolucion del ejército y la pérdida de la patria; que no rehusaría obedecer, pero que queria hacerlo á su tiempo, y no cuando conviniese á sus enemigos, concluyendo por ofrecer irónicamente su dimision. Esta ironía no se ocultó á los comisarios. «Y después de haber dado vuestra dimision, ¿qué hareis?»—le preguntó con ansia Camus.—«Lo que juzgue oportuno,—contestó el general con altivez.—Sólo os declaro que no iré á hacerme envilecer y condenar en Paris por un tribunal revolucionario.» «¿Es decir que no reconocéis ese tribunal?»—replicó Camus.—«Le reconozco como un tribunal de sangre y de crimen,—contestó Dumouriez,—y en tanto que tenga una pulgada de hierro en la mano, no me someteré á él.»

Los demas comisionados, temiendo que la aspereza de las palabras entre Camus y Dumouriez tuviese un violento desenlace, se interpusieron como afectuosos mediadores y suplicaron al general obedeciese por la forma á la órden que le llamaba á Paris, respondiéndole con sus cabezas de que la Convencion satisfecha le volvería á enviar á su ejército inmediatamente. Quinette se ofreció á acompañarle, á escudarle con su cuerpo y á acompañarle de nuevo á su cuartel general. Bancal le citó los brillantes ejemplos de obediencia á la patria de los grandes hombres de la antigüedad. «Los romanos—respondió Dumouriez—no mataron á Tarquino; no tenían ni clubs, ni jacobinos, ni un tribunal revolucionario, tigres que anhelan mi cabeza, y yo no quiero dársela.»



La señorita de Fernig salva á un oficial belga.  
Pág. 374.

Y ya que me citais los romanos, os digo que yo he representado muchas veces el papel de Decio, pero que nunca seré Curcio, y que no me precipitaré en el abismo.» «¿Es decir que os negais á obedecer á la Convencion?»—preguntó categóricamente Camus. «Os juro—dijo Dumouriez—que cuando mi patria tenga un gobierno y leyes, yo le

daré cuenta de mis actos y los someteré á su juicio. Hacerlo ahora sería un acto de demencia.»

Se retiraron los comisionados á otro aposento para deliberar. Dumouriez quedó un momento solo con Beurnonville. Trató de seducir al ministro demostrándole el peligro que corría en Paris y ofreciéndole el mando de su vanguardia. «Bien sé—respondió heroicamente Beurnonville—que debo ser víctima de mis enemigos,

pero moriré en mi puesto. ¡Mi situación es horrible! Veo que estais decidido, que vais á tomar un partido desesperado, y os pido por única gracia que me dejéis participar de la suerte, cualquiera que sea, que reserveis á los diputados.» «No lo dudeis,—respondió Dumouriez;—y creeré, obrando así, serviros y salvaros.»

Beurnonville y Dumouriez volvieron á entrar en la sala donde estaba reunido el estado mayor. El coronel de los húsares de Bercheny, Nordmann, cuyo regimiento estaba formado en batalla delante de la residencia del general, recibió la orden para tener treinta hombres elegidos de su regimiento á la puerta, y prontos á ejecutar lo que se les mandase. Estos húsares eran todos alemanes ó alsacianos; la diferencia de idioma les garantizaba contra la elocuencia patriótica de los comisionados, pues sólo conocían la voz de su coronel.

Después de una hora de deliberación secreta, en la que el inflexible Camus combatió con intrepidez la templanza de que aún querían usar sus colegas para evitar aquel disgusto á la patria, entraron los diputados. Brillaban en sus rostros la calma de la resolución, la autoridad de la ley y la varonil tristeza de su misión. Intimaron de nuevo al general que obedeciese al decreto, á lo que aquél se negó. «Pues bien,—dijo Camus,—os declaro suspenso de todas vuestras funciones. Ya no sois general; prohibo que se os obedezca, mando que os arresten, y sello vuestros papeles.» El sordo murmullo del estado mayor y el movimiento de los oficiales que se acercaban con la mano en la espada para cubrir á su general, hicieron ver á los comisionados que su voz era desconocida, y que tal vez corría peligro su vida; pero la habían consagrado á su deber. «Esto es demasiado,—dijo Dumouriez.—Es preciso poner término á tanta audacia.» Y mandó en alemán á los húsares que entrasen. «Arrestad á esos cuatro hombres,—dijo al oficial que los mandaba.—Que no se les haga daño. Arrestad también al ministro de la Guerra, pero que se le dejen sus armas.» «¡General Dumouriez,—exclamó Camus,—perdeis la república!» Los húsares se llevaron á los comisionados de la Convención, y en los carruajes que se habían preparado durante la conversación los condujeron á Tournay escoltados por un escuadrón del mismo cuerpo, y fueron entregados en rehenes al general austriaco Clairfayt.

## X

Inmediatamente después de esta acción, que rasgaba el último velo de sus maquinaciones, Dumouriez pidió nuevas conferencias á los generales enemigos para concertar su marcha con la suya. Al día siguiente montó á caballo y fué á su campamento. Arengó á los soldados, presentándoles el suceso de la víspera como un atentado de los jacobinos, que intentaban quitar el general á su ejército y el padre á sus hijos. Las tropas respondieron á su general con aclamaciones, pues la humillación de la ley civil ante el sable complace siempre al soldado. Dumouriez, para probar mejor su confianza en el cariño de sus tropas, durmió en el campamento. Era su proyecto llevar á las tropas á Orchies, desde donde hubiera podido amenazar á la vez á Lille, Douai y Bouchain; quería también asegurarse de Condé, prenda que había prometido entregar á los austriacos, y salió de Saint-Amand el 4 de Abril para llevar á efecto este primer acto de su traición.

Cincuenta húsares debían formar su escolta, pero se hicieron esperar. Montó á caballo acompañado sólo del duque de Chartres, del coronel Thounevot, del ayu-

dante general Montjoie, de sus ayudantes de campo y de ocho húsares de ordenanza, tomando con estos treinta caballos el camino de Condé. Había dejado orden en el campamento de que su escolta siguiese aquel mismo camino cuando estuviese pronta. De este modo marchaba perfectamente seguro, calculando en su imaginación las probabilidades desesperadas de su empresa, cuando á media legua de Condé, un ayudante de campo del general Neuilly, que mandaba en aquella ciudad, vino á anunciarle de parte de su general la fermentación de la guarnición y la dificultad de contener las tropas. Estas principiaban á conocer que se las había vendido. Estando indignadas con las sospechosas conferencias de sus generales y los enemigos, decían en alta voz que respondían á su patria de Condé, y que no dejarían entrar en la plaza ningún cuerpo nuevo que pudiese comprometer su defensa. Dumouriez, apeándose á la orilla del camino, reflexionó sobre la gravedad de un incidente que desconcertaba su proyecto. En el mismo momento pasaron delante de él tres batallones de voluntarios que se dirigían á Condé por su propia voluntad y con su artillería. El oficial que los mandaba fué después el mariscal Davout. Dumouriez, admirado con un movimiento que no había mandado, hizo algunas preguntas con viveza á los oficiales y les mandó detenerse.

Los batallones hicieron alto. Dumouriez se separó unos cien pasos del camino, é iba á entrar en una cabaña para escribir una orden, cuando los tumultuosos gritos que salían del seno de los batallones, y un movimiento súbito y confuso de la columna que retrocedía, le advirtieron que ya era tiempo de pensar en su seguridad. Los voluntarios, inspirados repentinamente al ver á Dumouriez y la incoherencia de las órdenes y contraórdenes, iban á confundir la traición, apoderándose de los traidores. Algunos, apuntando ya al general, le amenazaban con hacerle fuego si no los esperaba. Dumouriez monta precipitadamente á caballo, huye á galope atravesando los campos con su débil escolta, oyendo las imprecaciones y los tiros. Un canal que rodeaba un terreno fangoso detiene su caballo, y una granizada de balas diezma el grupo que le rodea. Dos húsares son heridos de muerte; dos criados que llevaban la cartera y la capa del general caen á su lado. Thouvenot, á quien mataron el caballo, salta á la grupa del valiente Bautista. Entonces el general abandona su caballo de batalla, que corre espantado hacia los batallones, y fué conducido en triunfo por ellos á Valenciennes. La más joven de las hijas de Fernig queda también á pié. Su hermana Felicidad se apea y da su caballo á Dumouriez. Las dos jóvenes se lanzan de un salto al otro lado del canal, y montan en los caballos de reserva del duque de Chartres. Cantin, el secretario del general, cae al atravesar el foso bajo el cuerpo de su caballo. Cinco hombres y ocho caballos muertos, uno prisionero, los equipajes y los papeles secretos del general quedan en el canal. El resto de la comitiva huye á escape atravesando los pantanos, separado de los campamentos de Breuille, á los que Dumouriez quería reunirse, y es perseguido hasta el Escalda por las balas de los voluntarios. Las dos jóvenes amazonas, que conocían los pasos, condujeron al general hasta la barca, en que atravesó el río con ellas y el duque de Chartres. Los caballos fueron abandonados; el resto de la comitiva que no cupo en la barca, huyó por la orilla del Escalda y llegó al campamento de Maulde. Bautista difundió allí la noticia del asesinato de su general, cometido por los voluntarios insurreccionados, y reanimó en favor de Dumouriez el antiguo cariño de sus tropas de línea.